Lucecica la "guapa"

Diego San José

LUCECICA LA “GUAPA”

Doy fe.

Como hombre de buen gusto y de difícil contentamiento en la plaza de las faldas, catador refinado de apetitosos encantos femeniles ya pregonados por la fama e introductor primero de muy pulidas y deshonestas doncellas en los alcázares del mundo, certifico que esta Lucecica la *Guapa* es la más notable mujer de entre todas las mujeres que han triunfado bajo el solio de mi pretina.

Ella es moza como hasta de veinticuatro o veinticinco años, morena de color, de ojos muy negros y grandes, de estos que parecen penas cristalizadas, boca regular, lo bastante para que quepan dos besos juntos, el que la den y el que devuelva, los pechos altos, breves y fornidos, delgadica de cintura y llena de caderas.

El habla la tiene melosa y muy musical; que más gusto puede dar con esta un rato de conversación que con otras una hora de cama.

En el mostrador de su oficio, sobre el cual se echa toda entera y se despacha por cuartos, es, como dicen, la esencia de la maravilla.

Pues de esta tal, a quien conocí hace pocos días en casa de Marina la *Vargueña* (que es la más acreditada alcahueta, no ya en la corte, sino en todos los ámbitos de la provincia), os quiero repetir la donosa historia que me contó en uno de los descansos de nuestro quehacer, en una tarde fría y lluviosa del tétrico mes de noviembre en que nuestra santa madre la Iglesia celebra la festividad de Todos los Santos y la memoria de los fieles difuntos.

Como agradecimiento al trato y a la charla, quiero que quede aquí, amparado bajo la autoridad de todos mis títulos galantes y concupiscentes, que la dicha hembra es la mejor arrugadora de sábanas que doró los anales de la infidelidad.

Porque Lucecica es casada.

No quisiera yo sino que después de finar sus días (que Dios Nuestro Señor quiera que sea en tiempo muy lejano, y después de haber triunfado en esta vida con toda esplendidez) tuviera allá arriba, en el Paraíso que destinado está a las huríes del Profeta, el digno premio que es la eterna gloria y el supremo deleite.

Con muchas de su menester me topé en las revueltas encrucijadas de mi enrevesada vida, pero ya puedo jurar, como soy cristiano hecho en la castiza parroquia de San Lorenzo, que con ninguna disfruté lo que con lo que esta, y eso que la alcancé cuando ya tomaba el oficio más como añoranza que por gusto y necesidad; pero, así y todo, era mostaza pura.

Rufinilla Trapaza, la Pícara Justina y La Lozana Andaluza, desde las altas regiones en que asisten, la miran de igual a igual y tienen de ella muy altos y cumplidos elogios hechos por Francisco Delicado, Alonso de Solórzano y Alonso Álvarez, aquel desdichado mortal y sutilísimo ingenio que, por el encono y maldad de una encumbrada personalidad eclesiástica, murió ahorcado en la muy noble y luminosa ciudad de Sevilla.

*

No sé yo, al cabo de los años, en qué parará esta arquilla del placer.

Presumo que no mal, pues como su marido era viejo avaro y de poca vida, ya será viuda y, acaso, con las cuantiosas mandas del que pudre, habrá procurado por la humanidad que goza y tendrá fundadas por toda Castilla muy buenas casas de devoción con celdas para dos cuerpos.

¡Dios la bendiga!

Haced cuenta que es ella misma la que habla.

Yo no hago más de trasladároslo a estos pliegos de papel, tal y como lo escuchara de sus labios.

Mocedades de Lucecica la «Guapa», ahora en los tiempos que corren, doña Luz de Moncada

Alcalá de Henares, patria de altos ingenios y nobilísimos varones, altar de las ciencias divinas y escuela de las humanas, fue mi cuna.

En ella me crie y en ella brotaron las hojas primeras de la flor de mi mocedad.

Era mi madre, por lo que recuerdo, ama de un canónigo de la Santa Magistral, obeso y repolido; que todo él relucía como patena.

Mi madre le trataba de *don* cuando había alguien presente, y Braulio a secas (que este era su nombre) cuando creía estar con él a solas.

Yo le decía tío y él me llamaba *hija.*

Aún contaba yo muy poca edad, cuando una mañana, casi al ser día, me despertaron unas desaforadas voces de mi madre rimadas en lágrimas, que decían:

—¡Ay Dios de Dios! Y qué inocentemente le he matado.

A esto comenzaron a entrar las gentes de la vecindad, que hicieron asamblea de dolor en el aposento del tonsurado.

Sacaron a mi madre, tomada y privada por un cruel desmayo, y la llevaron a mi cama; le agarrotaron los brazos y los muslos, con lo que prestamente volvió en sí.

A mí me trasladaron a casa de una vecina y al cuerpo muerto, en aquella misma noche, a la bóveda de Santa María.

Torné, de allí a dos fechas, a la casa de mi madre.

Una vida triste y monjil comenzó para ambas.

Misa por la mañana, sermón por la tarde y rosario al toque de ánimas, cuyo piadoso ejercicio venía a dirigir cotidianamente un joven capellán de monjas; y con tanto fervor solían tomar mi madre y él esta piedad, que la mayoría de las noches se quedaba el capellancico en casa, porque al difunto no le faltaran memoriales para salir del Purgatorio.

Advirtió mi madre a este tiempo que a su lado estaba yo muy regalada y consentida, y conociendo que con mimos y halagos no se anda la vida sueltamente, me envió a Sigüenza con una hermana, en la santa intención de que me adiestrara en los preliminares del vivir. Mi tía, más vieja que mi madre en lo menos quince años, era poco amiga de prohijar sobrinos y no se desvelaba mucho para que yo me espabilara de mi simplicidad, y todo se fuese con el diablo, y así, de allí a poco, determinó acomodarme por moza de servicio con un bulero, hombre de madura edad y fama de buena persona.

Poco me incomodaba el amo.

Todo mi menester casero no alcanzaba más allá de aderezarle la olla y mullirle la cama; que el tal, por sí mismo, traía de la plaza las provisiones de boca para el consumo de ambos.

La mayoría de los días del año los pasaba este hombre por los pueblos negociando la bula e interviniendo en otros asuntos más que le ayudasen a vivir, tales como correr mozas y ganado vacuno (que todo es carne) en las ferias castellanas, pues las señoras bulas de por sí solas no le daban para hacer vida principesca.

Me quedaba yo en este tiempo por ama y señora de la hacienda (que alguna había, por la bondad del Señor).

Cierta vez, allá por septiembre, tornó mi amo de sus correrías, y fuera el mucho tiempo transcurrido sin verme, o que ya hubiese dado mi persona harto de sí, pues era entonces un

lindo capullo de mujer, es lo cierto que comenzó a mirarme con buenos ojos y a glosar mi garbo y crecimiento con finas y cortesanas palabras.

Recuerdo que una tarde a la hora de la siesta, que él en todo tiempo gustaba de acostarse un buen espacio después de comer, me llamó a su aposento y entablamos este coloquio.

—Hija, Luz, ¿haces cuenta del tiempo que llevas a mi servicio?

—Dos años hará para Carnestolendas.

—Esos pienso yo que son y no creo que ello te apesadumbre, pues poco es lo que te doy que hacer y, en cuanto a buen trato, no regalo más a las niñas de mis ojos. Pues sabe que he pensado, por lo contento que estoy de ti y por la alteza de tus personales prendas, subirte el salario y encumbrarte de la humilde categoría de doncella de la escoba y el mantel, a dama y señora de mi casa y boca; que a fe que ya tienes trazas para ello. En tan apetitosa sazón pienso que debía de estar tu soberana madre cuando el reverendo canónigo la alzó hasta sí.

Y diciéndome esto, me azotó blandamente una cadera.

Debí de sonrojarme un poco, pero, no echándolo a malicia, no hablé palabra y él continuó, nerviosas las manos y jadeante el hablar.

—Hazme gracia de sentarte aquí junto. ¡Pardiez!, y qué abrigadica vas para el tiempo que estamos. Aún el verano no ha dicho *adiós* y ya te envainaste el corpiño de serga.

Y, metiéndome mano por los senos, los sacó fuera de su aterciopelada cárcel, les hizo mil fiestas y les dijo tiernas cosas como a niños pequeños.

Yo, toda azorada y confusa, le dejaba, y él los exprimía a manera de limones y locamente los besaba y babeaba.

—¡Quite, padre, que esto es pecado, que ofende a Dios! —hube de decirle—. Mire bien lo que hace.

Y él, como no hacía otra cosa que golosmear, no reparaba en el grave mal que me iba causando.

Tanto apuró, que cuando quiso remediarlo como hombre de bien, lo vino a dejar peor que lo hallara.

Mal año para el empecatado repartidor de las bulas y para toda su casta; que bien me estaba yo en el limbo de mi inocencia, sin desazones ni malos pensamientos; que fue aquello como muchacho al que le untan los labios con jalea y cuando va a mascarla se la apartan de pronto.

En menos de una semana, me quedé como flor que troncha el ábrego...

De cómo Lucecica la «Guapa» fue instituida en hembra por obra y gracia del Arcángel San Gabriel

Una tarde, a cosa del toque de ánimas, estaba yo aderezando la colación para mi amo y dueño, cuando entró de sopetón en la casa un rollizo bigardo que rondaba el pueblo en faz de pordiosero.

Decía, para mejor engañar a los bobos, que era el Arcángel San Gabriel que tornaba al mundo para curar, por mandato de Dios, del orden y policía de las almas.

Me asusté al pronto (aunque ya me era conocido), pero él, con mucha parsimonia y gravedad, me saludó con las palabras de Ave María, y, aunque mi nombre es Luz, me pilló tan fuera de mí que tuve que responderle: «Sin pecado concebida»; a lo que él prosiguió, con la misma flema y con tanta solemnidad y misterio cual si fuese incorpóreo, que venía en nombre de Dios a presagiarme cómo había de ser madre de un nuevo *Mesías* y que me dispusiera para prevenir lo que estuviese de mi parte, que él ya venía prevenido.

Y allí mismo ¡lacerada de mí! con no más de un revuelo de faldas, un chillido como el que se advierte cuando se abre una puerta no usada y cuatro suspiricos como de agonía, quedó más

que cumplido el encargo del Altísimo; pero a tan mal tiempo, que vino a encontrarnos el ladrón del bulero y alborotando la casa nos molió a trancazos y, poniéndonos luego en la puerta de la calle, nos dijo que tales bellaquerías no las hacían en aquella sino él, cuando era hombre para ello, y las ratas siempre que lo tuvieran por conveniente (que esto era cosa que él no podía evitarles); mas, fuera de tales, del Rey abajo, ninguno.

Como vi deshecho tan incivilmente el preludio de tan alto milagro, y como luego recelé que no valía para madre de un nuevo redentor, me acomodé de lazarillo con el falso príncipe de las celestiales milicias y con él pasé tres mortales años entre ayunos, coces y pesadumbres; y menos mal que la anunciación que me trajo fue como traerle un peine a un calvo.

De la trágica y ejemplar manera que dieron de mano los amores del Arcángel San Gabriel y Lucecica. Entra la tal de moza de servicio en una famosa posada de Toledo

Presto dejó el santo varón, nuevo y dueño amo mío, de andar por los caminos y las aldeas en aquellas malas trazas de pordiosero y enviado del Señor para destapar doncellas bobaliconas, sino que me echó por delante y conmigo negociaba y de mi cuerpo vivía; que él no era quién para tocarme porque no me resquebrajara y perdiese el buen ver.

Andaba por las plazas y tabernas de los pueblos, muy sinvergüenza, pregonándome como carga de leña.

Torcía siempre las conversaciones de los hombres hacia la cuneta de las faldas y, viéndolos bien animados, dejaba caer como simiente tales o parecidas palabras.

—Pues, ¿mozas dicen sus mercedes? Muy buenas las hay, y cierto que las de esta villa pueden ir de capitanas; pero ya me apuesto yo cualquier cosa buena que no echan la zancadilla a una que hace jornada conmigo desde Sigüenza y para en la misma posada que yo. ¡Cristo, qué hembra! Es la mejor bestia que come pan, y, a lo que entiendo, más es de miel que de acíbar, pues cuantos se le llegan, como curen de sonar al desgaire un doblón, pueden mojar en ella.

Y él mismo se ofrecía a mostrarles el camino, viniendo, después de un rato, a recoger el precio para disolverlo en aguardientes y letuarios.

Y ¡pobre de mí como diera en remedar los remilgos y repulgos de Lucrecia, que aún recuerdo muy a lo vivo las bendiciones que me echó con una vara del más legítimo fresno la tarde de un *Corpus,* porque no di audiencia a cierto arriero murciano con más llagas y mugre que Cristo de ermita!

No paró de santiguarme hasta que me dejó por muerta.

Y era lo peor de todo (que estas cosas tan sin lógica tiene la complicada armazón femenina) que le fui tomando ley, y entiendo que, cuantos más palos me regalaba, más daba yo en quererle, y aun el día en que no había tales juegos de fresno los echaba menos y estaba como fuera de costumbre.

Pero un amanecer, al tiempo de entregarle la soldada de la noche, por si tal o cual parroquiano fue servido sobre palabras, me dio tan descomunal golpe acompañado de no sé qué requiebro a una de las once mil vírgenes, que oyéndolo una vieja remendadora con quien yo no quería negociar, fue con el soplo a la Suprema, y allá me lo enviaron a las mazmorras del Santo Tribunal, de donde salió a fin de aquel año hecho un San Lázaro para iluminar con la yesca de su cuerpo no sé qué fiesta solemne...

De aquí manaron, corriendo por el angosto cauce de mi vida, los infortunios y lacerías; que, por no hallar casa de más alto rango, tuve que acomodarme en una posada de Zocodover.

Allí era el servicio, si vale decirlo, más duro que en la casa del bulero, sin más regalos ni premios que una enjalma por cama y, como salario, cien reales al año.

Mas, como todo en la vida se cicatriza con la costumbre, que es el más eficaz cauterio para sanar rutinas y aprensiones, terminé por aclimatarme a aquella dura condición y aun holgarme con el oficio y con quien me le pagase arriba de un ducado.

Reparó un día el huésped en mí y le pareció que tenía buen ver y tintes de capullo virgen (aquí conviene hacer notar que el lacerado padecía un mal de los ojos que le tenía casi a oscuras la mayoría de los días del año, y después, cuando tornaba a herirle la luz, veía las cosas en opuesto sentido y de contraria color); me comenzó a festejar y, a pocos dengues que me hizo, tuvo la dolorosa evidencia de que no era mi persona tan cabal como a su gusto se le antojaba; mas, con todo y sin *eso,* le parecía de perlas, y a mí dedicaba los ratos que la marcha del negocio le dejaba en asueto...

Al poco tiempo, aposentó por dos días un estudiantazo en la posada, y tales cosas me dijo, y tales protestas de amor me juró, que, abriéndole aquella noche la puerta de mi cuarto, le recibí con aquellas mismas palabras con las que se recibe el sacramento de la Comunión.

—Este es mi cuerpo, esta es mi sangre, tomad de ellos.

Y, antes de que amaneciese, volé con él y una talega de doblones de los que el imbécil posadero me había hecho guardesa.

¡Dios se lo haya pagado!

A la vida bucólica, que dicen pastoril

Por más de dos semanas anduvimos por los castellanos campos, viviendo en la espesura de los bosques y en la tranquilidad de las majadas para evitar todo encuentro con las gentes que el burlado huésped echara tras de nosotros.

Unas veces teníamos aposentamiento en la choza de unos cabreros, otras en el rancho de algunos leñadores.

Además, que el bellaco de mi galán estaba perseguido, por no sé qué cabalgadas bellaquerías sobre la mujer de cierto lector de Humanidades, y no podía andar descubierto ni por lugares frecuentados a la luz del Sol.

Pero quiso el Diablo un día meterse a encizañar, como es su oficio y tiene por mala costumbre desde aquel mal paso de entremés en el Paraíso, y enteró a un rabadán de que no íbamos tan desnudos como parecía, pues cosidas a mis refajos llevaba buenas doblas... Y una mañana amanecí en enaguas. Con que tuvimos perentoria necesidad de levantar el vuelo y marcharnos a la ciudad, aun a riesgo de todo.

Llegamos, según Dios fue servido, a la villa de Talavera, que es como la Universidad en que se doctoran las mozas del Partido.

Como en toda la jornada retozamos mucho y comimos poco (aunque no por falta de tantas ganas de comer como de lo otro), nos quedamos sin fuerzas ni gobierno de nuestras personas.

Pordioseamos algunos días por lonjas y conventos (que a tanta tristeza tuvimos que llegar) y como ya no sacaba más que mendrugos de pan y consejos de beatas para que dejara la briba y la gallofería y me recogiese a las arrepentidas, dejé una mañana al vagazo del bachiller y, concertándome con una buena discípula de Celestina, que tenía mucho trato con personas de viso, me eché a la buena vida.

Por cierto que, antes de pasar adelante por estos capítulos hablados de mi historia, quiero referiros un portentoso milagro que las buenas almas que se empeñaban en llevarme al recogimiento de las hartas de revolcones me ponían por anzuelo.

Él dicen que es verdadero, y yo en esta manera soy en creerle; que una cosa es que no me sienta con fuerzas bastantes para encerrarme entre cuatro paredes a pedirle a Dios perdón y

remisión de mis culpas, y otra el que sea buena cristiana, temerosa del Señor, que en la vida eterna ha de juzgar mis pasos en esta, banal y corrompida.

Era quien contaba esto nada menos que una empingorotada marquesa, protectora de la Santa Casa. Y comenzó así:

Donde se refiere uno de los más portentosos y recientes milagros de María de Magdala

Pues sabrás como, hacia el Hospital de Nuestra Señora de la Peña, hará cuatro años que vivía un joven matrimonio de Toledo, que se trasladó aquí a disfrutar de una pequeña heredad que dejaran los padres de él. Ella era joven y linda por todo extremo. Muy moza, fue metida en la cárcel del matrimonio, o, mejor dicho, se metió ella de por sí en un momento de despecho tomado con cierto galancete a quien quería más que a las niñas de sus ojos, y, por un celillo traidor, dio en castigarle de tan cruel suerte, y el tal castigo fue como escupir al cielo.

El maridillo que escogió para su penitencia era zafio y groserote.

Cuando pasó el año primero de sus bodas, fueron saliendo a flote las mañas de él; que cada una era como un rudo saetazo que se hundía en el alma de la recién casadilla.

Meses enteros se pasaba el *señor amo* fuera de su casa y para nada tenía en cuenta la sapientísima epístola de San Pablo (que ni es epístola ni es de San Pablo).

La mujercita lloraba y se desesperaba; que bien hayan la *Mariblanca* y la *Salud,* si no derramaban aquellos lindos ojos más agua que ambas fuentes.

Cada vez que mi hombre se hartaba de la carne ajena, o se le indigestaba, volvía a reponerse en la paz de su nido, donde, al fin, era perdonado, más por resignación que por sinceridad y convencimiento.

Fue el caso que, a la postre, vino a topar la torturada hembra con un mozalbete a quien le parecía bien, y, a dos palabras, como la tal estaba hambrienta de cariño, le dio, con la limosna de su amor, el regalo de su cuerpo.

Supo muy bien el mozo trabarse en aquel encanto de carne morena, y lo que quiso tomar como recreo del gusto llegó a serle tortura del alma.

A tanto se determinaron, que él entraba en la casa con cédula de amigo, pero con tal insistencia que el marido, aun siendo tierra abonada para mangos de navaja y tinteros de asta, comenzó a celarles, pues pensó (justo es concederle que con harta razón) que los cuernos, no siendo de oro, sientan mal y causan afrenta.

Tenían ellos por costumbre el reunirse en cierta casa *honesta.*

Lo supo el canallesco Otelo, y una tarde que muy animosos y amorosos allá entraron, les siguió el tal, y cuando entendió que estaban de manera que no pudiesen alegar disculpa, se mete en la casa en faz de esposo calderoniano y, vomitando denuestos y por vidas, pretende asaltar el aposento.

La mujer, que lo advierte, se turba toda y, no sabiendo qué partido tomar, exclamó: «La Magdalena me valga»; se cubrió con la sábana, como si la blanca tela fuese coraza invulnerable contra todo golpe.

Saltó al fin la cerradura y en el quicio de la puerta apareció el salvaje ultrajado.

¡Pero, he aquí del poder divino!

Al hombre se le escurrió la iztona de la diestra y cayó de rodillas junto al lecho en que pensó hallar amortajada su honra, y aun podrida.

¡Abran los ojos de la fe los incrédulos y alaben a Dios y a sus santos los que comulguen en nuestra religión sacrosanta!

En la cama, rebozada muy estrechamente con el galán burlador, estaba Santa María Magdalena toda patitentida y destapada.

Un espléndido nimbo de oro circundaba el grupo, y un querube gordinflón velaba a los pies del lecho con una máquina encendida, de estas que llaman flameros.

Apenas el perseguidor se repuso, dio a correr por toda la casa gritando:

—¡Milagro! ¡Milagro!

Mucho me reí con el cuento; y, después de que a nuestra manera hicimos comento de él, continuó Lucecica hojeando los folios de su alegre vida.

En que cuenta una ingeniosa burla hecha a un fatuo portugués

Uno de los más famosos párrafos de mi vida quiero decirte, que ya sé que te reirás con él, según la refinada picardía que esconde entre sus palabras; tanto ni más bellaco no se aprende ni aun en las mismas famosas y *murcianas* aulas del doctor Monipodio.

Pues ello es que vino a la Corte donde por el entonces estaba yo, un finchado hidalgo de Oporto, y desde el primer día de su entrada en la ilustre villa, se dedicó a pasear su fachenda por las calles y a husmearlo todo con el noble objeto de conocer usos y costumbres.

Todo le parecía *muito gallardo,* pero al entablar la inevitable comparación con las cosas lusitanas, se le antojaba cuanto veía *probiño* y escueto.

No había moza alegre, desde las Huertas al Humilladero, que no le fuera familiar.

¡Tal vida se daba!

Y aunque por razón del alma y el oficio de las tales ninguna se prodigaba por cariño, según el espetado señoría, todas iban a trompicar en sus brazos muertas de amor, como inéditas doncellas.

Con estas cosas que, al referirlas, el primero en creerlas era él —aunque cierto que buenos dineros le costaban— todos reían y le azuzaban como a gozque ladrador, para que contase sus amorosas aventuras.

Presumía de serle conocida la condición de cada mujer, solo en la manera de andar, y de muchas de venerado aspecto que vestían como damas principales decía que debieran llevar basquiñas de colores, cintajos en el pelo y demás atributos de la vida alegre, y no aquellas tocas nobles y honestas.

Tuve yo, por una camarada, noticias de este hombre y de su concupiscente extravagancia, y determiné jugarle una partida de la que se acordase siempre.

Pero prosigo el cuento como si yo no tuviera parte en él; que, de esta manera, al final verás la sorpresa y me dirás si no fue para que el presuntuoso se afeitase en seco.

Una tarde bochornosa del agosto que, entre las peladas riberas del gotoso *Manzanares*, buscaba el lusitano frescor a su cuerpo y esparcimiento a sus melancolías (pues ya, como iba para viejo, estas graves señoras daban en visitarle muy a menudo), topó por aquellos sitios con una linda zagala, tan humilde como bella, y quiso poner con amoroso diálogo punto de espera a sus melancólicos pensares; y acercándose a ella, pegó el hilo de la charla.

La alabó de honesta y hermosa y le dijo que más parecía sirena escapada de las transparentes linfas del agua, que vecina de los Carabancheles, como la tal aseguraba.

De pregunta en respuesta y de galanteo en remilgo —con lo que el portugués se ahuecaba como esponja empapada—, vinieron ambos a perderse por la mezquina arboleda y, de allí a poco, dieron en un zaquizamí, donde la moza dio en mostrarse como no soñara D. Bernardino d'Aveiro (que este era el nombre del venerable galán).

Después de que él trató de portarse con ella como arrogante mozo, cosa que en la flaqueza de su poder no estuvo el conseguirlo, le tomó la bolsa la niña.

Se alborotó el *seductor* y dijo que aquello más era propio de públicas mujeres que se dan

por dineros, tirando el amor a la rebata.

Y la tal, riéndose con todas las veras de su alma, le consoló con estas apaciguadoras palabras, cada una de las cuales caía sobre el burlado como chorro de agua en hierros candentes.

—Sin duda, señor y figurón mío, que porque me vio con esta rústica vestimenta me tuvo por zagala montaraz como aquellas de cara de cielo y corazón de alcorza más bobaliconas que los rebaños que guardan.

¡Bien supe fingirlo!

¡Dios sea loado!

Que se le borren de los cascos, señor, tales visiones, y míreme sosegadamente tal y como soy, moza de placer y no de las peores. Lo que pasa es que los tiempos van de mal en peor cada día y ha de inventar una con el Diablo para poder vivir, y como en la villa está todo esquilmado y cada cual de las de mi gremio tiene su parroquia y cuartel (beneficio de que yo no disfruto por ser provinciana), me determiné a trazar esta farsa de mostrarme fruta verde del corazón del campo y ofrecerme como nueva y pulida doncella sin sombra de varón a los que, cansados de la podredumbre y desperdicios de la ciudad, salieran por los montes, valles y prados a buscar el amor bucólico con su saborcillo de romero y cantueso.

Por lo demás, tan maestra soy en mi arte como cualquiera y aun pudiere dar muy buenas liciones, con apéndices de florituras nuevas, a la mismísima que lo inventó.

Perdone vuesamerced la burla, señor hidalgo, que a estos, y aun a peores medios, necesita recurrir una mujer mil veces durante su vida (y pluguiere a Dios que siempre con fortuna) si quiere vivir honradamente.

Si tanto le escociere que remedase a la desazón y malestar de la sarna, séame un poco soñador y fantástico, pues es la fantasía la más dulce tirana para todo desengaño y traspiés de la vida.

Piense, le digo, que, si en su buena intención y alteza de miras llegó a creerse llavero de mi virginidad, se le adivinó de antemano ser tan señoría, que, por ahorrarle molestias, cuando llegó a mí, ya un enanico hechicero (como suele acontecer en los libros de caballerías) había dejado abiertos en par los postigos...

Y con esto, que ya me parece que pasa unas leguas de lo que se merece fantasmón tan trasnochado, Dios le abra los ojos para otras veces, y por esta de hoy sea servido de endulzarle lo que la broma pudiese tener de amarga en sí.

Y, empujándole suavemente hacia el zaguán (que yo era la virginidad fingida), le puse en la calle, después de que me hubo pagado muy bien.

Me dijeron días después que tan corrido quedó el casquivano viejo que, tomando el camino de Extremadura, salió de la Corte española, con ánimo de no tornar a ella durante todos los días de su vida.

Ve si el bellaco no las pagó como merecía y si no tengo yo tantas artes de comedianta como de moza ensabanada.

¡Dios me conserve muchos años tanta virtud y tanta deshonestidad!

En que prosigue la coima los borrascosos capítulos de su historia

No es cosa de hacer crónica de mis duelos y venturas en la piadosa y humanitaria cofradía de la madre Venus; que todas las profesas del mundo en tan insigne religión no están sujetas a otra regla que la que marca Natura temporalmente para advertirles que las diversas y extrañas siembras no suelen dar fruto, pues es más la simiente que rueda a las orillas que la que cae en el surco.

Solo me empleaba el ama con buena parroquia; que me tenía y cuidaba como la más linda

y delicada flor de su jardín.

Eran mis rifadores los más notables y graves vecinos de la ciudad, y, como esta es carne manida y fofa que se ablanda no más que con mirarla, estaba yo blanca y esbelta como un nardo.

Siempre, a pesar de lo trabajadas, tuve las carnes muy duras; que dicen que el tentarlas era gloria bendita.

Esto tengo para mí que era favor divino por la alta escrupulosidad con que sabía cumplir mi obligación; que siempre entiendo que agrada al Altísimo que cada cual, dentro de su menester, se conduzca ejemplarmente.

¡Cuántas veces debió de decirme un reverendo párroco que gustaba más de mi cuerpo que de la santa Misa, que más aprovechaba una hora de siesta conmigo que con otras una noche!

Llevaba unos dos años en este amable y desaprensivo vivir, cuando un día vino a casa el ayo de cierto joven duque enfermizo y enteco a concertar con mi ama que, si no la tenía natural, aderezase como ella supiera una virgen razonable; que ello, por ser capricho de quien podía permitirse tales lujos, le sería bien pagado; y, al punto, la tal dio en pensar en mí y me escogió como víctima.

Allí pude ver por mis propios sufrimientos que, si dolores cuesta el dejar la doncellez, aún más agudos son los que traen el fingirla.

Toda una mañana me tuvo la arpía de la vieja en el potro de mi tortura tratando de poner llaves donde, de puro entrar y salir, no había cerraduras.

Una de las veces, tal ahondó en las exploraciones, que pensé que me arrancaba el alma; y más valiera, pues que lo que me arrancó la hi de tal (así la vea yo cocerse en los infiernos atormentada por mozas refundidas) no fue otra cosa que el molde de los niños y las celdillas del deleite.

No logró su negocio; que por aquel desalmado percance más de dos meses estuve camino de la huesa.

¡Cuando salí del peligro, no era hembra más que en la estampa!

Y al llegar aquí, comenzó a hacer pucheros, y algunas sinceras y apenadas lágrimas le asomaron a las bellas puertas de los ojos.

Y prosiguió.

... Tal es la causa de que ahora no pueda tratar de estas bellas cosas casi más que con el pensamiento y el buen recuerdo de las glorias pasadas, que viene a ser eso que dicen el suplicio de Tántalo, pues me ponen el dulce en los labios y me quitan el gusto.

Ya no puedo, como en otro tiempo lo hice, tirar tales bernardinas a quien fue mi contento y mi ganapán.

—Por otro tan sin juicio como vos nací, por vos se me huyó la mocedad antes de que sonara la hora precisa, por vos me casaron y me descasé, por vos me persiguen, me prenderán por vos, y, al fin, por vos tendrán que abrasarme viva. ¡Oh! Y quién, en lugar del loco desenfreno y torpe apetito vuestro, no tuviere la virtud, valor y entereza de aquella María Coronel, mujer de aquel bonísimo Guzmán, que tan cantada y honrada anda en historias, crónicas y romances, de la cual dicen que, por no hacer bellaquería a tan noble y valeroso varón, al hermanico barbado que tenía como vos, porque un día le pidió pan no habiéndolo, con un tizón hecho ascua le asó las barbas y la boca. ¡Andad y que el diablo os lleve!

Y advierte, amigo mío, si yo era aficionada y esclava de mi oficio, que estando desesperada cuando tales cosas le decía, echaba al infierno la causa de mi pecado, por ser tierra caliente.

En que se cuenta la primera vez en que, además de enredar el cuerpo en lujuria, esclavizó el alma en amores

También le plugo a quien mande y rija en estas cosas que me llegara la hora en que *Amor* llamase a mi puerta, y, aunque lo primero que le abrí fue el zaguán, como tenía por costumbre con todo peregrino, terminé por hacerle inquilino y señor de toda la casa.

¡Valga Dios, que, al llegar a este breve capítulo de mi vida, tal se me aprieta el corazón que la agüilla amarga que de él me sale se me sube a los ojos y quiere escapar toda con honores de llanto!

Él llegó en la galera de unos cómicos, y, al fin como cosa de farsa, pasó por mí, y se esfumó sin dejar más rastro de sí que dos huecos; el uno de ellos no ha vuelto a llenarse, el otro, a la noche siguiente de su marcha; que tales son las cosas de la vida.

No hay torturas tan grandes como las que trae aparejadas en sí el oficio de entrepierna.

Me hallaba yo entonces en la noble ciudad de Segovia, muy bien pagada y mejor atendida, para endulzar las horas del viejo que por el entonces era allí corregidor.

No me daba mucho que hacer el hombre, pues, como había corregidora de por medio, ítem más, por ser tiempo de la siega en que se reunían allá braceros de Galicia, Valencia y Murcia, a cada paso había querellas y muertes que empleaban casi de continuo todo el tiempo de mi añoso galán.

Solo estaba seguro en casa la noche del sábado.

Pues, como digo, por el entonces quiso mi mala estrella que arribase una compañía de comediantes que iba a aprovechar las fiestas que allá se celebran por el agosto.

Era el galán de la cofradía un apuesto mozo, con más trazas de caballero que de comediante, a quien llamaban Ginesillo Sepúlveda.

Le vi hacer dos comedias y un auto, y, por Dios, que me llevó la voluntad; que no sé yo si el mismo San Ginés sirviera para atarle los zapatos.

Al otro día fui a misa a la catedral, cuando ya no quedaba más que la de las doce.

Y fui (el Señor no me lo tome en cuenta) más que por devoción, por cruzar de retorno por la Plaza Mayor, que era donde tenían los señores cómicos por costumbre reunirse antes de comer.

Me atavié lo más descarada y llamativamente que pude, y el pez desde luego picó el anzuelo; que siguió tras mí hasta la misma puerta de mi casa, y quedó ante ella como fiel guardián hasta momentos antes de comenzar la comedia, que era a la hora de las cinco...

Pero... ¿a qué cansar con inútiles y prolijos relatos que más me entristecen que me alegran? Conquistó la plaza, fui más suya que mía.

Con la sangre de mis venas le di la de las faltriqueras y gavetas de mi corregidor.

Al fin, por él perdí la comodidad que tenía.

Y así como me vio sola y sin amparo y que ya no tenía más plata que gastar ni jugar, una noche me dijo «Hasta mañana», y ya nunca más volví a verle.

Y siempre le tengo dentro de mis ojos como aquella última noche...

Y Lucecica desgranaba lágrimas, que iban a recolectarse en el afiligranado encaje de su pañizuelo de mano.

Fue necesario que la consolase con algunas palabras y alguna que otra broma y, al fin, ya un poco más entrada en sosiego, continuó los breves y resbaladizos capítulos de su pasada vida.

Pero ya las penicas se le habían recrudecido y no había ni en su voz ni en su rostro el gracejo que cuando las comenzó; así es que solamente dejaré asentados los dos postreros en que tornó a mostrarse tal y como ella era y había sido después de aquel alto sentimental en el que el corazón dio fe de vida.

De cómo Lucecica determinó retirarse en lo posible del oficio al menudeo, acogiéndose a matrimonio

Con los dos terribles desengaños, el de la pérdida del sexo por la bárbara maniobra de aquella hija de Celestina, y del corazón, por aquel bellaco injertado en comediante, cobré tal odio a ambos lugares donde tuve que padecerles, que luego partí para Valladolid, no sin que, a imitación de Santa Teresa, me sacudiera el polvo, con lo que se armó tan enorme polvareda que toda Segovia pensó asfixiarse.

En otra vetusta y noble villa castellana, que dicen las antesalas de la Corte, hice todavía muy buen recaudo, aunque ya no sacaba más satisfacción de ello que los dineros con que me retribuían.

Aseguran que era maravilla que traía a la antañona Pincia más forasteros que un auto de fe.

Me mostraba en público lo más que podía (entonces tomé el negocio por mi cuenta) y en privado pocas veces, pero bien pagada (esto lo hacía por luto de aquel amor...).

A la postre, di un día en contar los ahorros que guardaba en las profundidades de una media, y vi que montaban cabalmente hasta seis mil reales.

Aquella misma tarde envié el oficio con los demonios y me trasladé a Palencia, donde, como nadie me conocía (pues jamás estuve), hice voto de tomar estado (si Dios fuese servido).

Siempre fui muy buen anzuelo para pescar incautos y bobos, y así no tardé mucho en dar con el ansiado signo de mi redención.

Fue un viejo genovés con más edad que tres papas, pero que por cada año tenía más de dos mil ducados en capital contante y sonante.

Se prendó el necio de mí, y a dos muecas que le hice me llevó a la iglesia.

Le di mi blanca mano e hice mojiganga de entregarle mi quimérica doncellez, cosa que no quiso probar por no llevarse un desengaño, y así fingió creer como en Dios que yo estaba como salí de las entrañas de mi madre.

Cuando el arcaico novio se metió entre sábanas la primera noche antes que yo, me habló de esta manera:

—Hija, Luz, dime en qué parte de la cama tienes por costumbre acomodarte, y no entiendas (así Dios me salve) que con malicioso aquel te lo pregunto, pues cuenta puedes hacer de que te acuestas con tu padre; que, por la poca salud y los muchos años, no estoy ya en funciones de hacer corbetas. Además, que siempre he gustado vivir antes de soñadoras ilusiones que de prosaicas realidades, y no hay cosa que más me acabe que el despojarme de aquellas. La grata ilusión que tengo por tu inmaculada doncellez es tan grande, que a toda costa quiero sustentarla y defenderla...

Al fin quedamos a oscuras y… nos dormimos en paz y en gracia de Dios.

Me alegré mucho de dar con macho tan pacífico, que con tan pocos rendimientos y obligaciones de mi parte se conformaba.

Con que me diese ante el vulgo humos y sahumerios de perfecta casada, aunque en la soledad de la alcoba no me diera mucho más que en la calle, me tenía por muy satisfecha y aun tomaba pacientemente las manías y chocheces de mi arrugado maridillo como penitencia de mis culpas pasadas.

Lo que ocurre es que como su merced es tan corto para todo, así para la cuestión de dinero como para la de carne, y yo, aunque no muy gastadora (que nunca fui amiga de extremados lujos), necesito algún desahogo, y aunque un tanto aletargada para lo otro, por aquella bárbara operación, no estoy tan insensible que deje de acordarme alguna vez de que hay hombres en el mundo, acudo secretamente a casa de esta amiga, que, además de proporcionarme muy buenos entretenimientos, me lo paga bien. Pero, bien podéis creerme, que se me va acabando la afición y cada vez lo tomo con menos ansias.

Pienso que, más que necesidad, no es esto más que un pequeño resabio que me queda de

cuando andaba llenamente en el oficio.

Y no hay más que deciros.

Ved si de aquí podéis sacar alguna cosa que dé que gemir a la Imprenta, y Dios os asista.

Según como iba diciendo esto (que eran las últimas palabras de aquella confesión ingenua y explícita), se acababa de vestir, que por haber sido el coloquio largo y tendido estaba un tanto ligera de ropa.

Hubo un gran silencio en lo que acababa de encajarse toda la vestimenta, que no era poca, ni así como se quiere fácil labor, con las modas que usan las señoras mujeres.

Es un espanto, ¡a fe mía!

Tanta ropa, para que llegue un momento de prisa y haya que andar a tirones y rasguños.

Ve lector si no es esta perfecta casada de tan notable honorabilidad, que el mesmo Fray Luis de León, de conocerla primero, a ella y no a doña María Varela Osorio, hubiera dedicado su obra inmortal...

¡Dios te asista y me libre de ti si no te agrada esta ración de picardías que te doy servida en ajeno plato...!